

Llamamos “*gran pobreza*” a la pobreza que almacena las peores consecuencias.

¿Qué señales indican hoy la tierra de la gran pobreza? ¿la falta de salud? ¿de dinero? ¿de amor? ¿la falta de ciencia? ¿de poder? ¿la falta de fe?

Yo me inclino por la falta de fe, es decir, la falta de Dios. El hijo pródigo de la parábola, el que se marcha en busca de libertad y felicidad, termina quedándose sin padre, sin hermanos, sin casa, sin comida, sin dinero... acompañado de cerdos, con profunda tristeza y en soledad.

Sí, la gran pobreza, la falta de vida religiosa, es manantial de dolores y sufrimientos.

El **Concilio Vaticano II**, ante la realidad sociológica actual, se lamentó: *“Muchedumbres cada vez más numerosas se alejan prácticamente de la religión. La negación de Dios o de la religión no constituye, como en épocas pasadas, un hecho insólito e individual; hoy día, en efecto, se presenta no rara vez como exigencia del progreso científico y de un cierto humanismo nuevo. En muchas regiones esa negación se encuentra expresada no sólo en niveles filosóficos, sino que inspira ampliamente la literatura, el arte, la interpretación de las ciencias humanas y de la historia y la misma legislación civil. Es lo que explica la perturbación de muchos”* (*Gaudium et spes*, GS, 7)

¿La “*perturbación de muchos*”? Podemos preguntarnos ¿de qué perturbación se trata?

Pongamos un ejemplo. **Evelyn Waugh**, novelista inglesa que en 1930 se convirtió al catolicismo, ha descrito su personal perturbación previa: *“A la edad de 16 años notifiqué formalmente al capellán de mi colegio que Dios no existía. Aquellos que hayan leído mis noveles quizá entenderán el carácter del mundo en el que exuberantemente me zambullí. Diez años de ese mundo bastaron para mostrarme que la vida allí o en cualquier otro lugar, era incomprensible e insoportable sin Dios”*.

Preocupado el Concilio por este íntimo y profundo dolor de las personas, comenta más adelante: *“Muchos son, sin embargo, los que hoy día se desentienden del todo de esta íntima y vital unión con Dios o la niegan en forma explícita. Es este ateísmo uno de los fenómenos más graves de nuestro tiempo. Y debe ser examinado con toda atención”* (GS 19).

Esto nos proponemos: examinar con atención, aunque sea brevemente, esta gran pobreza tan abundante en nuestra sociedad actual. Que quede claro desde el principio que hablaremos de esta pobreza como problema social, nunca de los pobres, los hombres sin Dios, a los cuales debemos el mayor respeto reconociendo en ellos los múltiples valores que, por otra parte, les acompañan.

I – MODELOS DE LA GRAN POBREZA:

Simplificando las cosas voy a señalar solamente cuatro modelos: la incredulidad o indiferencia, el agnosticismo, el ateísmo y el laicismo.

1 - La incredulidad o la indiferencia

Este primer grupo ni siquiera se plantea la existencia de Dios. Les da igual. Pasan de los asuntos religiosos. No encuentran ninguna necesidad de mirar hacia arriba. Con lo que tienen entre manos les basta.

Marcos Martínez de Vadillo, en Dabar 1988, 24, escribe: *“Hoy es muy frecuente encontrarse con personas que dicen que no creen. Está de moda, y en algunos*

ambientes bien visto declararse agnósticos. Las última estadística de la sociología, si bien apuntan que han disminuido los ateos militantes, señalan que ha crecido la increencia y los indiferentes.

Una indiferencia de nuevo cuño, en algunos aspectos más allá del ateísmo, ya que ni les interesa ni se hacen la pregunta por Dios, porque lo consideran algo sin sentido. No rechazan a Dios, pero tampoco les preocupa lo más mínimo. Es algo de lo que "pasan". Tomás es de los que, si no toca con la mano, no cree. También en nuestros días hay muchos que, bajo capa de rigor científico, no quieren admitir la fe".

El teólogo católico, poeta y escritor francés **François Fénelon** ya dijo que *"la indiferencia es la enfermedad más grave del alma"*. Si esto es así, y parece que lo es, la indiferencia es una grandísima pobreza.

Más cercano a nosotros, don **Miguel de Unamuno**, el famoso rector de la Universidad de Salamanca, en su ensayo *"Mi religión"* nos describe su opinión sobre los indiferentes y descreídos: *"No concibo un hombre culto sin esta preocupación, y espero muy poca cosa en el orden de la cultura – y cultura no es lo mismo que civilización – de aquellos que viven desinteresados del problema religioso en su aspecto metafísico y solo lo estudian en su aspecto social o político. Espero muy poco para el enriquecimiento del tesoro espiritual del género humano de aquellos hombres o de aquellos pueblos que por pereza mental, por superficialidad, por cientificismo, o por lo que sea, se apartan de las grandes y eternas inquietudes del corazón. No espero nada de los que dicen. ¡No se debe pensar en eso!"*; espero menos aún de los que creen en un cielo y un infierno como aquel en que creíamos de niños y espero todavía menos de los que afirman con la gravedad del necio: *"Todo esto no son sino fábulas y mitos; al que se muere lo entierran, y se acabó"*.

El **Catecismo de la Iglesia Católica**, en el nº 2089, nos define la incredulidad: *"La incredulidad es el menosprecio de la verdad revelada o el rechazo voluntario de prestarle asentimiento"*.

2 - El agnosticismo

En este segundo grupo, la existencia de Dios se plantea, incluso, a veces, seriamente. Pero al fin se suspende el juicio sin llegar a afirmar o negar su existencia. Al fin se vive, en frase conciliar, *"como si Dios no existiera"*.

Escuchemos algunos testimonios personales.

El periodista y escritor italiano **Vittorio Messori** se confesó así: *"Más que ateo, yo era un agnóstico radical: no me importaba que Dios existiese o no. Pertenecía a una generación posterior a la de mis madres, que insultaban al Papa cuando aparecía en la televisión o se enfadaban si uno hablaba de religión. Yo, en cambio, pasaba del tema"*.

El periodista británico, autor de múltiples novelas, cuentos, relatos, ensayos y poesía **Gilbert Chesterton** nos relata su etapa agnóstica: *"A la edad de doce años era yo un poco pagano, y a los dieciocho era un completo agnóstico, cada vez más hundido en un suicidio espiritual (...) Lo que yo llamo mi temporada de locura coincidió con un periodo de ir a la deriva y no hacer nada. Una época en la que alcancé la condición interior de anarquía moral, sumiéndome cada vez más en un suicidio espiritual. Supongo que mi caso era bastante corriente. Sin embargo, el hecho es que ahondé lo suficiente para encontrarme con el demonio, incluso para reconocerle de manera oscura"*.

Los intentos de justificar el agnosticismo no han sido pocos. Recuerdo al profesor **José Luis López-Aranguren Jiménez**, uno de los filósofos y ensayistas más influyentes en la sociedad española de su época, en una conferencia de Salamanca, en la que defendía

el agnosticismo como propia de una “*postura humilde*”. El también profesor y alcalde de Madrid don **Enrique Tierno Galván**, escribió: “*En estos momentos, el agnosticismo parece el único camino para devolver al hombre la seguridad y el entusiasmo, frente a tantos millones de cristianos decepcionados, para los que Dios... es tan sólo un juguete roto*”.

El **Catecismo**, en el nº 2127, habla del agnosticismo de esta manera: “*El agnosticismo reviste varias formas. En ciertos casos, el agnóstico se resiste a negar a Dios; al contrario, postula la existencia de un ser trascendente que no podría revelarse y del que nadie podría decir nada. En otros casos, el agnóstico no se pronuncia sobre la existencia de Dios, manifestando que es imposible probarla e incluso afirmarla o negarla*”. En el nº 2128 continúa su reflexión: “*El agnosticismo puede contener a veces una cierta búsqueda de Dios, pero puede igualmente representar un indiferentismo, una huida ante la cuestión última de la existencia, y una pereza de la conciencia moral. El agnosticismo equivale con mucha frecuencia a un ateísmo práctico*”.

Benedicto XVI, contemplando el panorama actual, hace un diagnóstico acertado: “*El mundo nos aconseja el agnosticismo, pensar que somos demasiado pequeños, que nuestra razón es demasiado frágil para creer en Dios. En cambio, millones de personas siguen creyendo. Este es el milagro. El signo de que Dios obra en medio de nosotros*”.

3 – El ateísmo

El tercer grupo sí se plantea el problema de Dios. Se lo toma en serio y concluye su reflexión negando su existencia. Variados serán sus planteamientos y diversas sus razones, pero, al fin, optan de modo decisivo por arrojar a Dios de sus vidas para que aparezca radiante el hombre. El padre del marxismo, **Karl Marx**, sintetizó bien su pensamiento: “*El ateísmo es la negación de Dios y mediante esta negación de Dios, plantea la existencia del hombre*”.

El filósofo, poeta, músico y filólogo alemán **Friedrich Nietzsche** en su obra *La Gaya Ciencia*, habla de la muerte de Dios a la vez que se pregunta por el destino de los hombres. Estas son sus célebres palabras: “*¿Dónde está Dios? Yo os lo voy a decir. ¡Nosotros lo hemos matado, vosotros y yo! ¡Todos somos sus asesinos! Pero, ¿cómo hemos podido hacer eso?... ¿Qué hemos hecho al cortar la cadena que unía esta tierra al sol? ¿Hacia dónde se dirige ahora? ¿A dónde nos dirigimos nosotros?*”.

Desde la óptica cristiana estas inquietantes palabras han encontrado respuesta desde el principio. Una de estas respuestas la encontramos en **Giovanni Papini**, escritor italiano que pasó de ser inicialmente escéptico a fervoroso católico. En su obra *La escala de Jacob*, escribió: “*Si Dios no existiese, tampoco existirías tú mismo, que lo niegas. Para negarlo tienes que servirte del pensamiento, tienes que pronunciar palabras; pero en el primer acto de tu pensamiento esta ya Dios presente, y la primera palabra que pronunciáis contiene, sin que tu caigas en ello, la afirmación de Dios. De Dios no se puede escapar, porque si lo afirmas es que lo amas, y si quieres suprimirlo, es que le conoces. Cualquier cosa que se diga no es otra cosa que hablar de Dios. ¿Y de qué se podría hablar si no es de Dios? Todo otro tema de razonamiento es ininteligible; porque donde no se presupone el ser y la ley no se hace otra cosa que emitir sonidos sin sentido, y el ser y la ley son impensables fuera de la divinidad*”.

Lo cierto es que, entre tesis y antítesis, el ateísmo ha crecido más y más en nuestros días, y es que, como dice **Emmanuel Mounnier**, filósofo cristiano y fundador del movimiento personalista: “*Existe un ateísmo confortable, lo mismo que existe un cristianismo confortable*”.

¿Qué dice la Iglesia sobre el ateísmo? Elegimos dos textos como respuesta. El primero trata de definir el asunto desde algunos de sus puntos de vista. El **Concilio Vaticano II**, en su Constitución sobre la Iglesia en el mundo (*Gaudium et spes*, 19) dice: *“La palabra “ateísmo” designa realidades muy diversas. Unos niegan a Dios expresamente. Otros afirman que nada puede decirse acerca de Dios. Los hay que someten la cuestión teológica a un análisis metodológico tal, que reputa como inútil el propio planteamiento de la cuestión. Muchos, rebasando indebidamente los límites sobre esta base puramente científica o, por el contrario, rechazan sin excepción toda verdad absoluta. Hay quienes exaltan tanto al hombre, que dejan sin contenido la fe en Dios, ya que les interesa más, a lo que parece, la afirmación del hombre que la negación de Dios. Hay quienes imaginan un Dios por ellos rechazado, que nada tiene que ver con el Dios del Evangelio. Otros ni siquiera se plantean la cuestión de la existencia de Dios, porque, al parecer, no sienten inquietud religiosa alguna y no perciben el motivo de preocuparse por el hecho religioso”*. El segundo texto está tomado del **Catecismo de la Iglesia Católica**, nº 2125: *“En cuanto rechaza o niega la existencia de Dios, el ateísmo es un pecado contra la virtud de la religión (cf Rm 1, 18). La imputabilidad de esta falta puede quedar ampliamente disminuida en virtud de las intenciones y de las circunstancias”*.

4 – El laicismo

El cuarto grupo de los que conforman esta gran pobreza da un paso más. No se conforma con negar a Dios, sino que lucha descaradamente contra el creyente. No permite que, en la construcción del mundo nuevo, nadie se refugie en las creencias religiosas. Intentar hacer el paraíso en la tierra supone negar a Dios y, a su vez, toda vida trascendente. En este contexto, el gran enemigo a batir es el cristianismo.

Examinemos las palabras de **Karl Marx**, en *La Sainte Famillia*: *“Los principios sociales del cristianismo predicán la cobardía, el desprecio de sí mismo, la humillación, la sumisión, la humildad: es decir, las cualidades de la canalla. El proletariado que se niega a dejarse tratar como canalla necesita todo su coraje, de la propia estimación, de su orgullo, y de su gusto por la independencia más que de su pan. Los principios sociales del cristianismo son cautelosas; el proletariado es revolucionario”*. El mismo autor en su *Crítica a la Filosofía del Derecho*, escribió: *“La crítica de la religión es virtualmente la crítica del valle de lágrimas del que la religión es aureola... La crítica de la religión, por tanto, hace que el hombre piense, actúe, cree su realidad, como un hombre desengañado, dueño de su razón, con el fin de que se mueva a su alrededor, alrededor de sí mismo, su verdadero sol”*.

El abogado y político ruso **Vladimir Ilich Lenin** remacha su lucha activa contra la religión: *“El marxismo es el materialismo. Por este mismo título, es implacablemente hostil a la religión, como lo era el materialismo de los enciclopedistas del siglo XVIII o el materialismo de Feuerbach... Pero el materialismo dialéctico va más lejos que los enciclopedistas o que Feuerbach... Debemos combatir la religión. Esto es el abecé de todo materialismo; por tanto, del marxismo. Pero el marxismo va más lejos. Dice: es necesario saber luchar contra la religión y para esto es necesario explicar, en el sentido materialista, las fuentes de la fe y de la religión de las masas”*.

El sociólogo francés **P.J. Proudhon** sigue su enseñanza con entusiasmo: *“Yo digo: el primer deber del hombre inteligente y libre consiste en expulsar constantemente de su espíritu y de su conciencia la idea de Dios. Ya que Dios, si existe, es esencialmente hostil a nuestra naturaleza... Alcanzaremos la ciencia a pesar suyo: cada progreso nuestro es una victoria en la que aplastamos a la divinidad”*.

¿Qué reflexión hace la Iglesia ante este ataque tan directo? El **Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia**, nº 572, dice lo siguiente: *“Por desgracia todavía permanecen, también en las sociedades democráticas, expresiones de un laicismo intolerante, que obstaculizan todo tipo de relevancia política y cultural de la fe, buscando descalificar el compromiso social y político de los cristianos sólo porque estos se reconocen en las verdades que la Iglesia enseña y obedecen al deber moral de ser coherentes con la propia conciencia; se llega incluso a la negación más radical de la misma ética natural. Esta negación, que deja prever una condición de anarquía moral, cuya consecuencia obvia es la opresión del más fuerte sobre el débil, no puede ser acogida por ninguna forma de pluralismo legítimo, porque mina las bases mismas de la convivencia humana. A la luz de este estado de cosas, «la marginalización del Cristianismo... no favorecería ciertamente el futuro de proyecto alguno de sociedad ni la concordia entre los pueblos, sino que pondría más bien en peligro los mismos fundamentos espirituales y culturales de la civilización».*

II – CAUSAS DE LA GRAN POBREZA

Una vez vistos los síntomas de la gran pobreza, la Iglesia, como madre y maestra, pretende encontrar las causas de esta desventura. ¿Por qué razones el hombre se ha apartado de Dios? ¿Por qué entiende que para que viva el hombre debe morir Dios? El Concilio Vaticano II se lo planteó seriamente (*Gaudium et spes*, 21): *“Quiere (la Iglesia), sin embargo, conocer las causas de la negación de Dios que se esconden en la mente del hombre ateo. Consciente de la gravedad de los problemas planteados por el ateísmo y movida por el amor que siente a todos los hombres, la Iglesia juzga que los motivos del ateísmo deben ser objeto de serio y más profundo examen”.*

Múltiples pueden ser los motivos del ateísmo. Aquí presentamos, de la mano de la Iglesia, algunos que nos parecen más significativos.

1 - La ignorancia religiosa o la educación defectuosa

El cardenal **Ratzinger**, a sus 76 años, contemplando la situación de la Iglesia desde el observatorio del Vaticano, confesaba lo siguiente: *“Es un hecho. Sin condenar a nadie, es evidente que hoy la ignorancia religiosa es tremenda, basta hablar con las nuevas generaciones... Evidentemente, en el postconcilio no se ha logrado transmitir concretamente los contenidos de la fe cristiana”.*

Monseñor **Jean Lafitte**, secretario del Pontificio Consejo para la Familia, comentaba así la situación de algunos novios que piden casarse por la Iglesia: *“A menudo llegan personas que no tienen idea de lo que están pidiendo a la Iglesia, a veces no saben ni siquiera qué cosa es el sacramento del matrimonio”.*

Algunos de nuestros últimos conversos al catolicismo, han confesado la triste formación religiosa que han recibido en sus escuelas y en sus propias familias. **André Frossard** ha confesado: *“Ninguna institución me era tan extraña como la Iglesia católica, ni tan antipática diría, si la palabra no incluyera un matiz de hostilidad que no iba conmigo. Era la Luna, el planeta Marte. Voltaire no me la había elogiado, y yo casi no leía a nadie más que a él y a Rousseau desde mis doce años”.* **Vittorio Messori** también recordaba su juventud con tristeza: *“Nací en plena guerra mundial, en la región quizá más anticlerical de Europa, la de don Camilo y Peppone, de Guareschi. Mis padres no estaban precisamente de parte de don Camilo. Me bautizaron como si fuera una especie de rito supersticioso, sociológico, y después no tuve ningún contacto con la Iglesia. En*

Turín asistí a un colegio público donde no se hablaba de religión más que para inculcarnos el desprecio teórico hacia ella”.

El cardenal **Paul Poupard**, comentando el éxito, también entre cristianos, de *El Código da Vinci*”, escribió: *“La ausencia de conocimientos básicos hace difícil distinguir entre fábulas, fantasías y ataques a la historia y valores de la Iglesia”.*

2 – La protesta contra la existencia del mal

El mal, el sufrimiento (sobre todo el de los inocentes), incluso la muerte... han sido y son causa de escándalo y desorientación entre los hombres. La falta de fe, la increencia, encuentra aquí una de las razones más fuertes.

El célebre escritor, ensayista, físico y pintor argentino, **Ernesto Sábato**, en su libro *Hombres y engranajes*, escribe: *“La tarde desaparece imperceptiblemente, y me veo rodeado por la oscuridad que acaba de agravar las dudas, los desalientos, el descreimiento en un Dios que justifique tanto dolor (...) ¿Cómo mantener la fe, cómo no dudar cuando se muere un chiquito de hambre, o en medio de grandes dolores, de leucemia o de meningitis, o cuando un jubilado se ahorca porque está solo, hambriento y sin nadie?”.* **Clives S. Lewis**, en sus primeros años de búsqueda, ante el misterio del dolor decía: *“Si me piden que crea que todo esto es obra de un espíritu omnipotente y misericordioso, me veré obligado a responder que todos los testimonio apuntan en dirección contraria”*

Ante este grito doloroso, el **Concilio Vaticano II** también reconoció la existencia del mal como una causa contra Dios. Así lo escribe en *Gaudium et spes*, 19: *“El ateísmo nace a veces como violenta protesta contra la existencia del mal en el mundo o como adjudicación indebida del carácter absoluto a ciertos bienes humanos que son considerados prácticamente como sucedáneos de Dios.*

3 – El materialismo práctico

El **Catecismo de la Iglesia Católica**, en el nº 2124, enseña lo siguiente: *“Una forma frecuente del mismo (ateísmo) es el materialismo práctico, que limita sus necesidades y sus ambiciones al espacio y al tiempo. El humanismo ateo considera falsamente que el hombre es ‘el fin de sí mismo, el artífice y demiurgo único de su propia historia’ (GS 20, 1)”.*

Uno de los grandes profetas del laicismo, **Nietzsche**, pone en boca de Zaratustra estas palabras: *“¡Os conjuro, hermanos míos: permaneced fieles a la tierra, y no deis fe a los que hablan de esperanzas sobrenaturales! En otras ocasiones el delito contra Dios era el mayor de los maleficios, pero Dios ha muerto. Ahora lo más triste es pecar contra el sentido de la tierra”.*

Esta visión materialista de la vida ha encontrado resistencia también entre los hombres de sentido común. Un ejemplo lo encontramos en **Antoine Saint-Exupery**, escritor y aviador francés nacido en Lyon. Así de fuerte es su crítica: *“Odio a mi época con todas mis fuerzas. En ella el hombre muere de sed. Y no hay más que un problema para el mundo: dar a los hombres un sentido espiritual, una inquietud espiritual. No se puede vivir de frigoríficos, de balances, de política. No se puede. No se puede vivir sin poesía, sin color, sin amor. Trabajando únicamente para el logro de bienes materiales, estamos construyendo nuestra propia prisión”.* ¿No son estas palabras un eco moderno de aquellas otras de **Jesús de Nazaret** cuando decía que *“no sólo de pan vive el hombre”?*

Volvamos a escuchar las palabras del Vaticano II, en *Gaudium et spes*, 19: “La misma civilización actual, no en sí misma, pero sí por su sobrecarga de apego a la tierra, puede dificultar en grado notable el acceso del hombre a Dios”.

4 – La liberación económica y social del hombre

La economía como becerro de oro sigue siendo una de las idolatrías más adoradas por el hombre moderno que le hacen ponerse en contradicción con el Dios verdadero. Ya había avisado Jesús que “no se puede servir a Dios y al dinero” (Mt 6, 24).

La reflexión conciliar señala la obsesión por el dinero como una de las causas del ateísmo. Volvemos a la *Gaudium et spes*, 20: “Entre las formas del ateísmo moderno debe mencionarse la que pone la liberación del hombre principalmente en su liberación económica y social. Pretende este ateísmo que la religión, por su propia naturaleza, es un obstáculo para esta liberación, porque, al orientar el espíritu humano hacia una vida futura ilusoria, apartaría al hombre del esfuerzo por levantar la ciudad temporal. Por eso, cuando los defensores de esta doctrina logran alcanzar el dominio político del Estado, atacan violentamente a la religión, difundiendo el ateísmo, sobre todo en materia educativa, con el uso de todos los medios de presión que tiene a su alcance el poder público”.

Años después el *Catecismo de la Iglesia Católica*, n° 2124, se reafirma en estas ideas: “Otra forma del ateísmo contemporáneo espera la liberación del hombre de una liberación económica y social para la que ‘la religión, por su propia naturaleza, constituiría un obstáculo, porque, al orientar la esperanza del hombre hacia una vida futura ilusoria, lo apartaría de la construcción de la ciudad terrena’ (GS 20, 2)”. Más adelante el mismo Catecismo, n° 2424, dice: “Una teoría que hace del lucro la norma exclusiva y el fin último de la actividad económica es moralmente inaceptable. El apetito desordenado de dinero no deja de producir efectos perniciosos. Es una de las causas de los numerosos conflictos que perturban el orden social (cf GS 63, 3).

Un sistema que ‘sacrifica los derechos fundamentales de la persona y de los grupos en aras de la organización colectiva de la producción’ es contrario a la dignidad del hombre (cf GS 65). Toda práctica que reduce a las personas a no ser más que medios con vistas al lucro esclaviza al hombre, conduce a la idolatría del dinero y contribuye a difundir el ateísmo. ‘No podéis servir a Dios y al dinero’ (Mt 6, 24; Lc 16, 13)”.

5 – Afán desmedido de conseguir la autonomía humana

El Vaticano II habló de la autonomía de lo temporal (*Gaudium et spes*, 36) con equilibrio y acierto. Esta es una página que no deberíamos olvidar: “Si por autonomía de la realidad terrena se quiere decir / que las cosas creadas y la sociedad misma / gozan de propias leyes y valores, que el hombre ha de descubrir, emplear y ordenar poco a poco, es absolutamente legítima esta exigencia de autonomía... y responde a la voluntad del Creador. Pues, por la propia naturaleza de la creación, todas las cosas están dotadas de consistencia, verdad y bondad propias / y de un propio orden regulado, que el hombre debe respetar con el reconocimiento de la metodología particular de cada ciencia o arte.

Pero si autonomía de lo temporal quiere decir que la realidad creada es independiente de Dios y que los hombres pueden usarla sin referencia al Creador, no hay creyente alguno a quien se le escape la falsedad envuelta en tales palabras. La criatura sin el Creador desaparece”.

La tentación del hombre es conseguir la plena autonomía humana, pero esto le lleva a echar un pulso a Dios que inevitablemente va a perder siempre. Dice la *Gaudium et spes*, 20: “Con frecuencia, el ateísmo moderno reviste también la forma sistemática, la cual, dejando ahora otras causas, lleva el afán de autonomía humana hasta negar toda dependencia del hombre respecto de Dios. Los que profesan este ateísmo afirman que la esencia de la libertad consiste en que el hombre es el fin de sí mismo, el único artífice y creador de su propia historia. Lo cual no puede conciliarse, según ellos, con el reconocimiento del Señor, autor y fin de todo, o por lo menos tal afirmación de Dios es completamente superflua. El sentido de poder que el progreso técnico actual da al hombre puede favorecer esta doctrina”.

Esta doctrina es recogida por el **Catecismo** en el nº 2126: “Con frecuencia el ateísmo se funda en una concepción falsa de la autonomía humana, llevada hasta el rechazo de toda dependencia respecto a Dios (GS 20, 1). Sin embargo, ‘el reconocimiento de Dios no se opone en ningún modo a la dignidad del hombre, ya que esta dignidad se funda y se perfecciona en el mismo Dios’ (GS 21, 3). ‘La Iglesia sabe muy bien que su mensaje conecta con los deseos más profundos del corazón humano’ (GS 21, 7)”.

6 - El mal ejemplo de los cristianos

Escribe **Pascal** en sus *Pensamientos*: “¡Qué quimera es el hombre! ¡Qué novedad, qué monstruo, qué caos, qué contradicción, qué prodigio! Juez de todas las cosas y gusano infecto, depositario de la verdad, cloaca de incertidumbre y error, gloria y deshecho del universo”. ¿Qué extraño es que el hombre, también el cristiano, sea causa de contradicción y conflicto?

El ateísmo tiene también como causa el mal ejemplo de los cristianos. Así lo reconoce el Vaticano II en la *Gaudium et spes*, 19: “Sin embargo, también los creyentes tienen en esto su parte de responsabilidad. Porque el ateísmo, considerado en su total integridad, no es un fenómeno originario, sino un fenómeno derivado de varias causas, entre las que se debe contar también la reacción crítica contra las religiones, y, ciertamente en algunas zonas del mundo, sobre todo contra la religión cristiana. Por lo cual, en esta génesis del ateísmo pueden tener parte no pequeña los propios creyentes, en cuanto que, con el descuido de la educación religiosa, o con la exposición inadecuada de la doctrina, o incluso con los defectos de su vida religiosa, moral y social, han velado más bien que revelado el genuino rostro de Dios y de la religión”.

Como en otras ocasiones, el **Catecismo** en su nº 2125, trasmite a los fieles la enseñanza conciliar: “En la génesis y difusión del ateísmo ‘puede corresponder a los creyentes una parte no pequeña; en cuanto que, por descuido en la educación para la fe, por una exposición falsificada de la doctrina, o también por los defectos de su vida religiosa, moral y social, puede decirse que han velado el verdadero rostro de Dios y de la religión, más que revelarlo’ (GS 19, 3)”.

7 - La propia voluntad

Por último debemos reseñar una causa que no debemos olvidar, la libertad humana. Es posible arrojar a Dios de la propia vida. El hombre tiene poder para hacerlo y de hecho lo hace porque es libre. Pero esta decisión le acarrea una responsabilidad de la que, antes o después, tiene que responder.

Pongamos el ejemplo de **Armand Salacrou**, autor teatral existencialista: “Para soportar mi vida, así como un católico se refugia en la esperanza del paraíso, yo me he encerrado, desde mi juventud en una filosofía determinista, sumaria, estrecha, rigurosa,

en un determinismo mecanicista total". Voluntariamente ha entrado en una filosofía materialista que reniega de toda visión trascendente de la vida y que, evidentemente, le llevará al problema obsesionante y escandaloso de la muerte. "... *Cuando me llegue el turno, yo no espero ninguna otra cosa que una oscuridad comparable a la oscuridad que precedió a mi nacimiento, pero si yo me despertara bruscamente frente a Dios sería yo quien le reprocharía sus silencios; ese absurdo juego del escondite y le pediría cuenta de mi abandono, de mi ceguera y mi soledad*".

Habiendo leído estas palabras en un semanario, **Paul Claudel** le respondió: "*Usted acusa a Dios de callarse, pero he aquí que hace dos mil años que está gritando a voz en cuello desde lo alto de la cruz. No es culpa suya si hay tanta gente que se tapa los oídos*".

El Concilio, en la ***Gaudium et spes***, nº 19, también habla de los que voluntariamente se apartan de Dios: "*Quienes voluntariamente pretenden apartar de su corazón a Dios y soslayar las cuestiones religiosas, desoyen el dictamen de su conciencia y, por tanto, no carecen de culpa*".

Antes de concluir este capítulo, no convendría olvidar las palabras del filósofo francés **Roger Verneaux**, conocido por sus libros de divulgación y análisis de la filosofía occidental contemporánea, después de estudiar las críticas a la religión formuladas por el marxismo: "*Observamos solamente que en ningún sitio se ve en los escritores ateos el más mínimo estudio sobre el sentido del Evangelio ni la menor crítica del testimonio (del verdadero testimonio cristiano). Como consecuencia, estimamos que las bases de nuestra fe no están ni mucho menos quebrantadas, puesto que ni siquiera han sido atacadas*".

III – CONSECUENCIAS DE ESTA POBREZA

¿Qué razones podemos aportar para afirmar que el ateísmo es la mayor pobreza? Enumeremos algunas.

1 – Vida al margen de la ley natural

Todos los hombres, a lo largo de la historia, hemos estado de acuerdo en ciertas normas morales: "*no se debe robar*", "*no se debe mentir*", "*no se debe matar*"... Es la primera ley, la que hemos llamado "*ley natural*". **Cicerón**, antes de Cristo, afirmó lo siguiente: "*Existe ciertamente una verdadera ley: la recta razón. Es conforme a la naturaleza, extendida a todos los hombres; es inmutable y eterna; sus órdenes imponen deber; sus prohibiciones apartan de la falta... Es un sacrilegio sustituirla por una ley contraria; está prohibido dejar de aplicar una sola de sus disposiciones; en cuanto a abrogarla enteramente, nadie tiene la posibilidad de ello*".

La Iglesia siempre ha defendido esta ley natural como norma básica de conducta. Así lo dice en el ***Catecismo***, nº 1958: "*La ley natural es inmutable (cf GS 10) y permanente a través de las variaciones de la historia; subsiste bajo el flujo de ideas y costumbres y sostiene su progreso. Las normas que la expresan permanecen sustancialmente valederas. Incluso cuando se llega a renegar de sus principios, no se la puede destruir ni arrancar del corazón del hombre. Resurge siempre en la vida de individuos y sociedades*".

En la historia de la salvación, esta ley primera cristalizó en el Decálogo: "*Los diez mandamientos, por expresar los deberes fundamentales del hombre hacia Dios y hacia*

su prójimo, revelan en su contenido primordial obligaciones graves. Son básicamente inmutables y su obligación vale siempre y en todas partes. Nadie podría dispensar de ellos. Los diez mandamientos están gravados en el corazón del ser humano” (Catecismo, 2012).

Pues bien, el primero de los mandamientos dice: *“Amar a Dios sobre todas las cosas”*; el segundo: *“No tomarás el nombre de Dios en vano”*; el tercero: *“Santificarás las fiestas”*. Estos mandamientos están en relación directa con el no robar, no mentir y no matar... condicionándose y complementándose mutuamente.

Si no cumplimos los primeros mandamientos ¿cómo se podrán cumplir los siguientes?

La persona que no ama a Dios se sitúa al margen de esta ley primera. Volverá a repetir la escena del paraíso cuando Adán y Eva desoyeron la voluntad de Dios: serán expulsados del paraíso y cargarán con la pena del sufrimiento. Aquí nacerá de nuevo la gran pobreza.

2 – Vida sin futuro

La segunda consecuencia del ateísmo es la visión de la vida sin trascendencia. Es algo consecuente: si no existe Dios, tampoco existirá una vida futura. El ateo se opone así a toda la historia de la humanidad que, de diversas maneras, se ha mantenido fiel a la idea de la otra vida y, en consecuencia, ha dado culto a los muertos.

En la vida del no creyente la muerte es el final, es la llegada a la nada. En consecuencia *“comamos y bebamos que mañana moriremos”*.

Por felices que hayamos vivido sin aceptar una vida más allá de la muerte, el final de la existencia humana traerá, sin duda, enormes dificultades. Releamos algún texto de los autores existencialistas sobre el final de la vida humana. Dos vagabundos se encuentran en un cruce de caminos. Hamm habla con Clov: *“ – Un día quedarás ciego, como yo. Quedarás sentado en algún sitio, plenitud pequeña en el vacío para siempre, en la sombra. Como yo (Pausa). Un día tú te dirás: “Estoy cansado, voy a sentarme”, e irás a sentarte. Luego, te dirás: “Tengo hambre, voy a levantarme y a hacerme algo para comer”. Pero no te levantarás. Te dirás: “Me equivoqué al sentarme, pero, puesto que me he sentado, continuaré aún sentado un rato: luego me levantaré y me haré algo para comer”. Pero no te levantarás ni te harás de comer (Pausa). Mirarás un rato a la pared; luego, te dirás: “Voy a cerrar los ojos, tal vez dormir un poco, después de todo, será mejor”, y tú los cerrarás. Y cuando tú vuelvas a abrirlos ya no habrá pared (Pausa). Un infinito vacío te rodeará. Todos los muertos de todos los tiempos no bastarían para llenarlo. Tú serás como una gavilla en la estepa (Pausa). Sí. Un día sabrás lo que es; serás como yo. Aunque tú, tú no tendrás a nadie, porque no habrás tenido piedad por nadie. Aparte de que ya no habrá más nadie por quien sentir piedad”* (*“Esperando a Godot”* de **Samuel Beckett**).

¿Esta triste visión de la vida humana no es una gran pobreza?

Pascal, en sus Pensamientos, se atreve a entrar en diálogo con los hombres que, detrás de cualquier esquina de la vida, han perdido la fe: *“Los ateos deben exponer sus argumentos con claridad, y no está nada claro que el alma sea material.*

La fe dice lo que los sentidos no dicen, pero no lo contrario de lo que ellos ven: está por encima, y no en contra.

¿Qué argumento demuestra que no se puede resucitar? ¿Es más fácil nacer o resucitar? ¿Es más difícil nacer o resucitar, que exista lo que nunca ha existido o que lo que ha existido siga existiendo? ¿Es más difícil empezar a ser que volver a ser? La costumbre nos presenta lo uno fácil, y la falta de costumbre hace lo otro imposible. Vulgar forma de juzgar”.

3 – Vida sin sentido

El ateísmo lleva consigo una vida sin Dios, una vida sin futuro y también una vida sin sentido.

Echar un pulso a Dios es un enorme peligro. Con Dios no se juega. Recordemos la historia de aquellos hombres que intentaron hacer una torre que llegara hasta el cielo. Su orgullo les confundió las lenguas y en sus vidas reinó la confusión, el caos, el desorden. La historia de Babel sigue haciéndose realidad cada día en los medios de comunicación, en los engranajes de la política, la justicia, la educación, la sanidad, la economía... Estamos en Babel.

La vida sin Dios termina siendo una vida sin sentido. El beato **J. H. Newman**, en su Sermón para el Domingo II de Cuaresma, predicó así: *“Suponed, por ejemplo, que sobre las calles de una populosa ciudad cayera de repente la oscuridad; podéis imaginar, sin que yo os lo cuente, el ruido y el clamor que se produciría. Transeúntes, carruajes, coches, caballos, todos se hallarían mezclados. Así es el estado del mundo. El espíritu maligno que actúa sobre los hijos de la incredulidad, el dios de este mundo, como dice S. Pablo, ha cegado los ojos de los que no creen, y he aquí que se hallan forzados a reñir y discutir porque han perdido su camino; y disputan unos con otros, diciendo uno esto y otro aquello, porque no ven”*

El célebre neurólogo austriaco **Viktor Frankl**, fundador de la logoterapia, superviviente de Auschwitz y Dachau y autor del libro *El hombre en busca de sentido*, ha escrito: *“Un hombre que ha perdido el sentido de la vida, la razón de existir, aunque sea sano psíquicamente, está espiritualmente enfermo”*. ¿No es esto también una gran pobreza?

4 – Vida sin respuestas

Mientras uno es joven puede vivir de ilusión y entusiasmo. No hay tiempo para hacerse preguntas, no necesita respuestas. Cuando uno es adulto esas preguntas se hacen cada vez más urgentes y las respuestas son más necesarias. Cuando llega el momento de la verdad uno descubre que no todo el mundo puede responder a las preguntas más importantes y nadie se atreve a decir una palabra cuando se trata de las últimas preguntas. La pregunta sobre la muerte, el dolor, la soledad... se hace insoportable sin una respuesta adecuada.

Escuchemos algún testimonio personal. El escritor francés, ensayista y crítico, **George Steiner** nos ha confesado su perturbación ante la falta de respuestas trascendentes: *“Cuando estamos enfermos, cuando el terror psicológico o físico se apodera de nosotros, cuando nuestros hijos mueren en nuestros brazos, gritamos. Que ese grito resuene en el vacío, que sea un reflejo perfectamente natural, incluso terapéutico, pero nada más, es casi imposible de soportar”*. **Vittorio Messori**, converso italiano y periodista, también constató en su vida esta realidad: *“Acabando mis estudios me di cuenta de que la política sólo respondía a las penúltimas preguntas. Mientras las cosas van bien, uno está sano, es joven y posee algo de dinero, la religión le parece algo anacrónico, que no necesita para nada. En cambio, para contestar a las últimas preguntas, esas que uno se formula cuando está solo, delante del espejo, o cuando reflexiona sobre el dolor o el mal, la política es claramente insuficiente”*.

El hombre, por mucho que pregunte a los medios de comunicación o teclee el ordenador, descubrirá que las últimas respuestas no son fáciles de encontrar. Esta experiencia la vivió uno de nuestros genios más extraordinarios, **Albert Einstein**. En el *Time Magazine* de diciembre de 1940, escribió: *“Por ser un amante de la libertad, cuando tuvo lugar la revolución de Alemania (la llegada de Hitler) miré con confianza*

hacia las universidades, sabiendo que siempre se habían enorgullecido de su devoción a la causa de la verdad. Pero las universidades permanecieron en silencio. Entonces miré a los grandes editores de periódicos que en ardientes editoriales proclamaban su amor a la libertad. Pero también ellos, como las universidades, se redujeron al silencio, sofocados en el curso de pocas semanas.

Solamente la Iglesia se opuso plenamente a la campaña de Hitler que pretendía suprimir la verdad. Nunca había tenido un interés especial por la Iglesia, pero ahora siento por ella un gran amor y admiración, porque solamente la Iglesia tuvo el coraje y la perseverancia de defender la libertad intelectual y la libertad moral. Debo confesar que aquello que antes había despreciado, ahora lo miro incondicionalmente”.

Es que Dios es la verdadera respuesta, la última respuesta, a los problemas del hombre. Así lo confirma el Vaticano II en la ***Gaudium et spes***, nº 21: “*Todo hombre resulta para sí mismo un problema no resuelto, percibido con cierta oscuridad. Nadie en ciertos momentos, sobre todo en los acontecimientos más importantes de la vida, puede huir del todo el interrogante referido. A este problema sólo Dios da respuesta plena y totalmente cierta; Dios, que llama al hombre a pensamientos más altos y a una búsqueda más humilde de la verdad”.*

¿Dejar las últimas preguntas sin respuesta no es verdaderamente una gran pobreza?

5 – Vida sin paz

Por último echemos una mirada a la historia. Sus páginas nos enseñan que las ideologías ateas promocionan la cultura de la muerte y crean genocidios y desórdenes. ¿Quiénes están detrás de los campos de exterminio, de los abortorios o de las leyes contra natura? Recordemos dos capítulos de un misma historia:

Elie Wiesel es un joven rumano que entró en Auschwitz cuando tenía 12 años. Liberado del campo de la muerte fue periodista y premio Nobel de la Paz. En su relato *La noche* se abre con el recuerdo de la noche a su llegada al campo de exterminio: “*No lejos de nosotros, de un foso subían llamas, llamas gigantescas. Estaban quemando algo. Un camión se acercó al foso y descargó su carga: ¡eran niños! Sí, lo vi con mis propios ojos. No podía creerlo. Tenía que ser una pesadilla. Me mordí los labios para comprobar que estaba vivo y despierto. ¿Cómo era posible que se quemara a hombres, a niños, y que el mundo callara? No podía ser verdad. Tenía que ser una pesadilla...”*

Relatos de supervivientes del mismo campo de Auschwitz, recogidos por **E. Schnabel**, nos dan algunos detalles de los últimos momentos de Ana Frank en el campo: “*La veo de pie ante la puerta, mirando el camino por donde se empujaba a un grupo de gitanas, completamente desnudas, hacia el horno crematorio. Ana las seguía con los ojos, llorando. Y lloró también cuando desfilamos ante los niños húngaros, unos niños que esperaban desde hacía doce horas, desnudos bajo la lluvia, el turno para pasar a la cámara de gas. Ana me dio con el codo y me dijo: “Fíjate en sus ojos”. Y lloraba, mientras que a la mayoría de nosotras hacía ya mucho tiempo que se nos habían agotado las lágrimas”.*

Todo esto nos debe hacer reflexionar.

El periodista **César Vidal**, bajo el título *Ha resucitado*, escribe: “*El siglo XX - verdadero siglo de los mártires- fue testigo de los peores ataques contra el cristianismo de la Historia. Desde Hitler a Lenin, desde Idi Amín a Fidel Castro, desde Mao a Pol Pot, no hubo prácticamente asesino en masa que no deseara desarraigar el cristianismo. A estas alturas, la mayoría de ellos han muerto y sus sistemas han desaparecido. Sí, sin duda, este domingo (el domingo de Pascua) se puede anunciar que Jesús ha resucitado, pero también se puede creer con una fe sencilla y limpia que*

cualquiera de las ofensivas lanzadas contra el cristianismo está condenada a fracasar para vergüenza y ridículo de sus autores”.

El filósofo **Xavier Zubiri**, en su obra *El hombre y Dios*, ha escrito: *“Llegará seguramente la hora en que el hombre, en su íntimo y radical fracaso, despierte como de un sueño, encontrándose en Dios y cayendo en la cuenta de que su ateísmo no ha hecho sino estar en Dios. Entonces se encontrará religado a El, no precisamente para huir del mundo, de los demás y de sí mismo, sino al revés, para poder aguantar y sostenerse en el ser. Es que Dios no se manifiesta primariamente como negación, sino como fundamentación, como lo que hace posible existir... El hombre no encuentra a Dios primariamente en la dialéctica de las necesidades y de las indigencias. El hombre encuentra a Dios en la plenitud de su ser y de su vida. Lo demás es tener un triste concepto de Dios”.*

IV – ACTITUD DE LA IGLESIA ANTE EL ATEÍSMO

Ya hemos visto, cómo dice el *Catecismo* en el nº 2124, que *“el nombre de ateísmo abarca fenómenos muy diversos”.* Es un fenómeno complejo y ciertamente variado en sus raíces, desarrollos y previsiones de futuro. La Iglesia, como también se ha dicho, está preocupada por el problema y quiere ponerse al lado de la persona humana con su miseria y su grandeza. Por tanto es justo preguntarse por las actitudes de la Iglesia ante el hombre sin Dios.

1 - La Iglesia reprueba el ateísmo

Como solía enseñar Juan XXIII, hemos de denunciar el pecado y amar al pecador. Con este espíritu el concilio **Vaticano II** ha dicho: *“La Iglesia, fiel a Dios y fiel a los hombres, no puede dejar de reprobar con dolor, pero con firmeza, como hasta ahora ha reprobado, esas perniciosas doctrinas y conductas, que son contrarias a la razón y a la experiencia humana universal y privan al hombre de su innata grandeza”* (Gaudium et spes, 21).

2 - La Iglesia afirma que la fe en Dios perfecciona la dignidad del hombre

Entrando en diálogo con los hombres, especialmente con los ateos, la Iglesia proclama con fuerza que Dios no es un competidor del hombre, sino su más perfecto complemento. El hombre necesita de Dios y Dios está dispuesto siempre a ayudar al hombre. He aquí otras palabras conciliares: *“La Iglesia afirma que el reconocimiento de Dios no se opone en modo alguno a la dignidad humana, ya que esta dignidad tiene en el mismo Dios su fundamento y perfección. Es Dios creador el que constituye al hombre inteligente y libre en la sociedad. Y, sobre todo, el hombre es llamado, como hijo, a la unión con Dios y a la participación de su felicidad. Enseña además la Iglesia que la esperanza escatológica no merma la importancia de las tareas temporales, sino que más bien proporciona nuevos motivos de apoyo para su ejercicio. Cuando, por el contrario, faltan ese fundamento divino y esa esperanza de la vida eterna, la dignidad humana sufre lesiones gravísimas -es lo que hoy con frecuencia sucede-, y los enigmas de la vida y de la muerte, de la culpa y del dolor, quedan sin solucionar, llevando no raramente al hombre a la desesperación”* (Gaudium et spes, 21). Queda pues marcado por el Concilio que el ateísmo es una gran pobreza.

3 – La Iglesia anima la colaboración entre creyentes y ateos

La Iglesia, a pesar de todo, quiere contar siempre con la presencia y la colaboración de los ateos. Ellos, a pesar de todo, son hijos de Dios y llevan en sus vidas las “semillas del Verbo” de las que habló el mismo **Concilio Vaticano**. Por esto la colaboración entre creyentes y no creyentes es posible y deseable. *“La Iglesia, aunque rechaza en forma absoluta el ateísmo, reconoce sinceramente que todos los hombres, creyentes y no creyentes, deben colaborar en la edificación de este mundo, en el que viven en común. Esto no puede hacerse sin un prudente y sincero diálogo. Lamenta, pues, la Iglesia la discriminación entre creyentes y no creyentes que algunas autoridades políticas, negando los derechos fundamentales de la persona humana, establecen injustamente. Pide para los creyentes libertad activa para que puedan levantar en este mundo también un templo a Dios. E invita cortésmente a los ateos a que consideren sin prejuicios el Evangelio de Cristo”* (Gaudium et spes, 21).

Para la próxima reunión de paz en Asís, **Benedicto XVI** ha invitado, junto a los líderes mundiales de todas las religiones, a unos representantes del mundo ateo y agnóstico. Es todo un ejemplo.

4 – La Iglesia enseña que el ateísmo tiene remedio

La Iglesia, reconociendo su parte de culpa en el desarrollo del ateísmo como hemos visto, siempre está dispuesta a tender la mano, con todo respeto, al hombre no creyente. ¿Qué hacer en consecuencia? *“El remedio del ateísmo hay que buscarlo en la exposición adecuada de la doctrina y en la integridad de vida de la Iglesia y de sus miembros. A la Iglesia toca hacer presentes y como visibles a Dios Padre y a su Hijo encarnado con la continua renovación y purificación propias bajo la guía del Espíritu Santo. Esto se logra principalmente con el testimonio de una fe viva y adulta, educada para poder percibir con lucidez las dificultades y poderlas vencer. Numerosos mártires dieron y dan preclaro testimonio de esta fe, la cual debe manifestar su fecundidad imbuyendo toda la vida, incluso la profana, de los creyentes, e impulsándolos a la justicia y al amor, sobre todo respecto del necesitado. Mucho contribuye, finalmente, a esta afirmación de la presencia de Dios el amor fraterno de los fieles, que con espíritu unánime colaboran en la fe del Evangelio y se alzan como signo de unidad”* (Gaudium et spes, 21).

5 – La Iglesia no pierde la esperanza en el hombre

Pero la Iglesia no confía solamente en sus esfuerzos. La Iglesia confía en el hombre mismo, en su esfuerzo por la superación de sus pobrezas, por su capacidad de conversión y por el gozoso descubrimiento de una nueva vida.

La Iglesia, al fin, cree en Jesucristo, el Hijo de Dios, que supo poner calma en la tempestad del lago y supo resucitar a Lázaro. ¿Es que hoy ha perdido sus poderes? Al contrario, en su Resurrección el Padre le ha hecho Señor de cielo y tierra. Nuestros problemas para Él no son nada. Escuchemos las palabras de esperanza del **Concilio**: *“Cree la Iglesia que Cristo, muerto y resucitado por todos, da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo a fin de que pueda responder a su máxima vocación y que no ha sido dado bajo el cielo a la humanidad otro nombre en el que sea necesario salvarse. Igualmente cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se halla en su Señor y Maestro. Afirma además la Iglesia que bajo la superficie de lo cambiante hay muchas cosas permanentes, que tienen su último fundamento en Cristo,*

quien existe ayer, hoy y para siempre. Bajo la luz de Cristo, imagen de Dios invisible, primogénito de toda la creación, el Concilio habla a todos para esclarecer el misterio del hombre y para cooperar en el hallazgo de soluciones que respondan a los principales problemas de nuestra época” (Gaudium et spes, 10). Más adelante el Concilio dijo: “La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios. Desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios. Existe pura y simplemente por el amor de Dios, que lo creó, y por el amor de Dios, que lo conserva. Y sólo se puede decir que vive en la plenitud de la verdad cuando reconoce libremente ese amor y se confía por entero a su Creador” (Gaudium et spes, 19). Va a tener razón **San Agustín** cuando dijo: “Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón no va a descansar hasta que repose en ti”.

Al escribir esta larga reflexión he recordado los versos de **Gloria Fuertes** en su poema *Otros pobres*:

*“Hoy me entristecen otros pobres.
Dan pena los mendigos,
los mendigos de letras,
los mendigos de duda,
los mendigos de ciencia,
esos sí que dan pena.
Los que no tienen nada,
duermen a pierna suelta, en un banco, en el puente,
beben en la taberna,
dicen: ¡Dios se lo pague!,
se rascan una pierna,
se comen un tomate
y parecen profetas.
Mendigo es el que dice:
¿Y si Dios no existiera?”*

Para terminar, volvamos a la parábola del hijo pródigo. ¿En qué acabó la historia? La pobreza acobardó al hijo y su soledad le hizo recapacitar. Volvió a casa. Pidió perdón a su padre y éste, sin juzgarle siquiera, le vistió de fiesta, le ofreció un banquete y le acogió como hijo. La pobreza terminó y la felicidad fue posible.

Florentino Gutiérrez. Sacerdote Salamanca, 8 de septiembre de 2011